

VICTORIO MACHO Y TOLEDO

La vocación toledana de Victorio Macho es tardía; pero definitiva. Cuando Victorio Macho decide fijar su residencia en Toledo en la Roca Tarpeya, «como águila de alto vuelo que se siente cansada de tanto azuzar el viento» —así está escrito— ha pasado ya la barrera de los sesenta y cinco años. Es a su regreso de Hispanoamérica y olvidando «los rencores que muerden y marchitan el alma». También está escrito así.

Trece años después, un día caluroso y radiante, el 13 de julio de 1966, Victorio Macho muere en aquella casa de la Roca Tarpeya que él ha convertido en museo. Su cadáver volvería según su propio deseo a las tierras natales de Palencia; a los pies de su Cristo del Otero, para el que había escrito el epitafio: «Mi última jornada. Aquí a los pies del Cristo del Otero vino a descansar su autor: el escultor Victorio Macho».

Su obra, según también deseo propio, había de permanecer en Toledo. Sin embargo...

Es justo decir que Toledo no supo corresponder del todo a la generosidad del escultor y poco a poco fue olvidando su obra y su rasgo. La casa-museo fue cayendo en el olvido y en el abandono. Por eso, cuando en 1983 se organizó en Palencia una exposición con la obra del escultor castellano, alguien decidió que aquellas esculturas que habían salido de Toledo, que, pese a todo, eran de Toledo, no volvieran a la ciudad del Tajo.

Y fue entonces cuando los toledanos, arrepentidos de su desamor, volvieron a estimar la obra de Victorio y reclamaron con fervor y con furor la devolución de las esculturas perdidas.

Han sido meses de forcejeo y de lucha. Es hermoso que dos ciudades estén casi a punto de declararse la guerra por unas obras de arte. Las esculturas han vuelto por fin a Toledo, que cuidará ahora con más amor el recuerdo del escultor que desde la vieja Castilla vino a la nueva y se quedó junto al Tajo a esperar la muerte.

Victorio Macho es uno de los grandes escultores españoles del siglo XX. Es verdad que hay en él alguna herencia de los escultores e imagineros españoles — especialmente los críticos han hablado de la influencia de su paisano Berruguete—; pero es, sin embargo, su obra muy de su tiempo, muy del siglo XX, y aún dentro de este siglo, el realismo de los años veinte y treinta se impuso en alguna de sus obras más famosas, aunque realismo se adivinaba ya en el autorretrato en bronce a los dieciséis años (1903) que fue su primera obra conocida. Y mucho más aún en el torso gitano (1910), el marinero vasco (1916) y en el monumento a Galdós para el retiro madrileño (1918).

La estatua yacente del hermano Marcelo marca según los críticos «el clímax escultórico machoniano» en 1920. La exposición en el Museo de Arte Moderno que se celebra al año siguiente es un éxito clamoroso, anuncios de otros que van a sucederse: Exposición de Artistas Iberos (1922), retrato de Unamuno (1924), fuente de Ramón y Cajal (1925), participación en la Bienal de Venecia (1926 y 1932), Cristo del Otero, «faro espiritual de Castilla» (1930) y Académico de Bellas Artes en 1936...

Vendrán después los años de la guerra, el exilio y su proyección en Hispanoamérica: Colombia, Perú, Panamá, Venezuela... hasta que en 1952, «olvidando los rencores que muerden y marchitan el alma, siente añoranza íntima de España, sed embriagadora de su patria castellana y regresa a su tierra»...

Ya desde la paz toledana, con la serenidad de la madurez, nuevas obras maestras: el medio cuerpo de Zoilita Barros, su mujer; el monumento funerario de Menéndez y Pelayo para la catedral de Santander; el busto de Ramón Menéndez Pidal, la estatua sedente de Marañón; el monumento simbólico a Benavente; el retrato en bronce del Padre Victoria, para Washington...



Emilio García Lozano, crítico y biógrafo de Victorio Macho dice: «Es en su última etapa toledana donde hace un quiebro artístico, resurgiendo en cierto modo su antiguo realismo mezclado ahora con pinceladas arcaizantes. Pero sobre todo se interesa por una faceta íntima y permanente desde los dieciséis años, el retrato, la cabeza o busto en bronce, piedra o barro, con que inmortalizó a una pléyade de amigos y conocidos... en los que interesó dejar real constancia de lo individual, pero también de los rasgos y matices reveladores de la personalidad psicológica».

El martes cinco de febrero volvían a Toledo dos de las más famosas esculturas de Victorio Macho, después de quince meses de ausencia: «La Madre» y «El Hermano Marcelo». Al día siguiente eran instaladas de nuevo en el Museo Victorio Macho que espera ahora la prometida reparación por parte del Ayuntamiento toledano. Como decía la edición toledana de «Ya», «esperamos que la polémica haya servido para que Victorio Macho y su obra no sigan como estaban y que el interés que ha despertado el tema se plasme en el número de visitantes y la mayor atención sobre esta casa colgada sobre el Tajo».

La generosidad del artista, su amor a Toledo deben ser estímulo para que su recuerdo permanezca y su memoria se conserve. ■

Alejandro FERNANDEZ POMBO